



¡GRACIAS,
MAESTRO ALFONSO!*

Luko Hilje Quirós**

Dicen que hay que homenajear en vida, y no cuando la persona aludida no puede ya escuchar lo que expresamos sobre ella. Eso es cierto, aunque no siempre es sencillo de hacer, por diversas razones. Pero, en este caso, conservo la satisfacción de haber manifestado a Alfonso cuánto lo admiré, cuánto lo quise.

Por fortuna, se lo pude decir en mayo de 2008 cuando convergimos en un hotel capitalino, como expositores en la presentación del “Diccionario de la biodiversidad”, de nuestro colega y amigo común Maarten Kapelle. Puesto que llegamos con suficiente antelación, pudimos conversar largamente, en una sabrosa plática sobre nuestras actuales vidas y proyectos -aunque algunas lágrimas de gratitud se asomaron en sus ojos-, aderezada con su infaltable y exquisito humor.



Hombre gentil, de fino trato y gran nobleza, a su brillo intelectual sumaba un carácter acucioso y pícaro. De espontánea e inmensa sonrisa, contagiaba humanidad, pero también humanismo, no solo por su rica cultura, sino sobre todo por su sensibilidad social. Para mí, fue un modelo de ser humano en varios sentidos, pero especialmente en la forma de saber vivir. Tratándolo, invariablemente capté en él ese don de tomar la vida con desenfado pero, a su vez, con un inquebrantable compromiso con hermosas causas cívicas y de justicia social, entre las cuales destacó la conservación ambiental.

De palabra generosa -porque lo hacía con frecuencia-, el lunes pasado me envió un correo

electrónico, felicitándome por un artículo que escribí sobre los viajeros europeos que hace siglo y medio contemplaban humeante al entonces temible volcán Turrialba; a la vez, me estimulaba para que escribiera otro, sobre el origen del vocablo Turrialba, ante lo cual de inmediato le remití uno que escribí hace varios años. Jamás habría imaginado yo, que apenas cinco días después él ya no estaría con nosotros. ¡Qué duro..., qué duro de aceptar!

La verdad es que, amigos como éramos, siempre lo percibí más bien como mi maestro, pues seguía aprendiendo de sus opiniones e incesante actividad científica, así como de su congruencia y ética. Asimismo, humilde y llano, no sabía de fatuidades ni vanaglorias. Por eso me impresionó hondamente un correo suyo para un grupo de amigos, remitido el sábado 22 de noviembre de 2008 casi a las 10 de la noche, en la que de manera efusiva nos decía lo siguiente:

“Con alegría comunico a Uds. que la Escuela de Química de la Universidad de Costa Rica me ha distinguido con la categoría de Profesor Emérito. Durante 30 años de docencia en la UCR tuve el gran gusto de conocer, enseñar y entender a unos 300 alumnos de la carrera de Química y más de 5000 en los cursos de servicio en el área de Ciencias Básicas, así como 100 en la Facultad de Ciencias Sociales (en la Maestría en Evaluación de Proyectos). En fin, en tantos otros cursos que di, por allá y por acá.

Esta ha sido una rica experiencia en mi vida, sin duda invaluable, pues he sido beneficiado también, en mucho, y no hay cómo pagar esto. Mas encima, ahora me nombran Profesor Emérito. Gracias a todos”.

*Recuperado el 2 de febrero de 2010, <http://elpais.cr/articulos.php?id=18874>. Palabras pronunciadas en el funeral del doctor Alfonso Mata Jiménez, el domingo 31 de enero de 2010, en Jardines del Recuerdo.

**Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza (pensionado); luko@ice.co.cr

Al día siguiente, al leer tan emotivo mensaje, pensé que ese era un momento propicio para reiterarle mi sincero aprecio e imperecedera gratitud. Y fue así como, recordando aquellos lindos e indelebles tiempos de estudiante universitario, le respondí:

“¡Buen día, querido Alfonso! ¡Gracias por comunicarnos esta significativa noticia sobre tan merecido tributo!

Recuerdo que algún día de 1971, en el recién estrenado Edificio de Aulas de la Universidad de Costa Rica, me topé con el curso Q-214, que era el de Química Orgánica Básica, para biólogos y agrónomos. Confieso que llegué asustado, ya que mis bases de química eran débiles, pues había dejado los pelos en el alambre en los dos cursos introductorios de Química General, dados por don Gil Chaverri.

Creo que venías regresando al país, de obtener tu doctorado. Bastó una lección tuya, con tu notable capacidad didáctica, letra impecable en el pizarrón y finísimo sentido del humor, para que se me disipara el miedo, que era casi pavor. Y, aunque tampoco lo aprobé con holgura, empecé a tomarle el gusto a la química, y tanto que, de hecho, las bases adquiridas en tu curso un par de años después me permitirían eximirme en el durísimo curso de Bioquímica -ofrecido por la Facultad de Medicina-, que era realmente traumático para los biólogos. Nunca te había contado esto, pero dejo el testimonio aquí, ante este grupo de amigos y colegas, para resaltar tu calidad de pedagogo y docente.

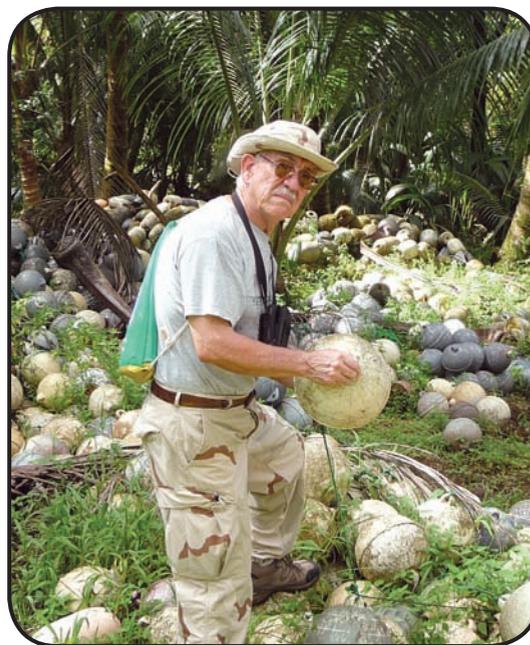
Por fortuna, tus luchas conservacionistas como miembro fundador de ASCONA, así como en otros frentes, nos hicieron converger a lo largo de la vida en cuestiones muy gratas, como las de rendir homenajes a queridos amigos comunes, como Adelaida Chaverri, don Alexander Skutch y Maarten Kapelle, en estos últimos años. Y el jueves pasado, cuando me hicieron el homenaje de incorporación como miembro honorario del Colegio de Agrónomos, por cierto te tuve en mi mente, al evocar en mi discurso de aceptación la inmensa figura patriarcal de tu abuelo, don Enrique Jiménez Núñez, de quien hemos hablado en algunas ocasiones.

¡Muchas gracias, Alfonso, por permitirme haber sido tu discípulo ayer, y hoy compañero de nobles causas!”

Tiempo después, en el Canal 15, se proyectaba una breve biografía sobre él, la cual me hizo conocer mucho más de su vida, de niño en su natal Santa María de Dota, de joven universitario en Guadalupe y

de la destacada estirpe de los Jiménez de dicho cantón, entre quienes figuró el excelso músico don Pilar Jiménez, bisabuelo suyo. Es decir, Alfonso y su hermano Leonardo -también apreciado amigo- han sabido remarcar y honrar la impronta de don Pilar y del abuelo Enrique, hombre excepcional en la historia de nuestras ciencias agronómicas.

Con la impensada y repentina partida de Alfonso, la academia -a la que también sirvió como Decano de la Facultad de Ciencias-, el movimiento conservacionista y la patria quedan de luto. El vacío es demasiado grande y sensible. Pero tengo la convicción de que sabremos nutrirnos de su ejemplo y enseñanzas y, así, eternizar su legado y huella que, por su calidad y dimensiones, son imposibles de opacar. Porque, de veras, Alfonso es uno de esos muertos que nunca mueren.



Don Alfonso Mata trabajando en el campo.

Fotografía cortesía de Paulina Mata Monge.